



# LA HOJA de PARRA

EDICIÓN ESPAÑOLA

Paseo de las Delicias, 60.—Ap. 547.—Teléfono 1843

## SUMARIO

UN PEQUEÑO REPORTER

Sección vermouth.

JOSÉ MOREIRA

La ginecologa.

FÉLIX RECIO

Concepción.

FERNÁNDO AMADO

La venganza.

CLEMENTE DE CASTRO

¡Oh, Morfeo!

EL DOCTOR BOMBARDA

Un harén alborotado.

TOVAR

Y DEMETRIO

Varios dibujos y retrato de]

Chelito.



CHELITO

¿Picardía, gentileza y hermosura? .. ¡Aquí!

**5** cénts.

# SECCION VERMOUTH

**E**STAMOS en plena isidrada. Tiene Madrid en estos días el encanto de lo exótico, y ya que no es cosa corriente que nos visiten rusos, chinos, beberes y balkánicos, por no ser esta población cosmopolita, nos contentamos con

preservativos, por no decir unos escamones.

En cada transeunte ven uno que trata de quitarles algo, y en cada transeunta una que intenta darles también algo y claro es, con estas prevenciones, lejos de divertirse

vienen á sufrir horriblemente.

Pongámonos en su caso. Acostumbrados á ver refajos y zagalejos superpuestos y recias medias de estambre, que no pasan de la rodilla, atadas con cintas de algodón, y encontrarse con estas faldas finísimas y ceñidas, que no precisan más que llegar y besar el santo (cosa muy natural en ellos que para algo vienen á visitarlo), y estas medias transparentes, sujetas por artísticas y sugestivas



La señora de la casa.—¡Cuidado que le gustan á usted las aceitunas!

El amigo.—¿En qué me lo ha notado usted?

Ella.—En que siempre que se las pongo delante se tira á la más gorda.

que al llegar estos días, veamos, por calles, plazas y plazuelas, como vocean los vendedores de calendarios-guías, buen número de sencillos paletos, que vienen en pos del pito del santo, si bien se dan casos de que en vez de llevarse el pito, se lo dejen en los Madriles, ó por lo menos lo lleven al pueblo un tanto averiado.

Pero esto es la excepción. El paleta, por regla general, es un sér que antes de decidirse á venir á este antro de perversión, se preserva de todo; vamos, que son unos

vas ligas, más cerca de lo grueso que de lo flaco, se comprende que los infelices pasen unos ratos terribles y se les alborote la conciencia al hacer comparaciones.

Gracias á que el agua de la ermita sirve entre otras cosas para sanar la calentura, pero hay veces que lejos de acortarla se la aumenta á los sedientos, y entonces quedan expuestos á perder la cabeza.

Quizá por esto, tenga cada año menos romeros la célebre pradera, y sea muy frecuente el que los forasteros no atraviesen



Tanto éxito han tenido nuestros figurines publicados en números anteriores, que una de nuestras más lindas artistas de varietés, cantará con este traje el «Cuplé de la Pezonera».

durante su estancia en Madrid, el típico puente de Toledo, quedándose en cambio en el interior de la Villa entregados al disfrute de otras diversiones.

Este año han tenido una novedad relativa: la Exposición canina, que ha estado concurridísima, porque como en este país estamos desgraciadamente tan escasos de perros, da gusto ver tantos juntos. Estar allí, es casi como hallarse en las codiciadas Cajas del Banco de España.

Lo primero que puede hacerse en cuanto que se entra allí, es coger una perra si se lleva mal genio, y esto ya es algo. Sobre todo si es una perra grande, porque, entre

otras razones, equivale á dos chicas, y á mí al menos, siempre me han gustado más las grandes que las chicas. Que haya abundancia.

Después si se es un poco observador, se pueden sacar admirables deducciones.

Hay una sección de perros de lujo que es una verdadera monería. Unos descansan sobre riquísimos almohadones de raso, y otros en lindos cestitos-cunas. No les falta más que una pianola y un tomo de versos de Rubén Darío para que no se aburran los pobrecitos.

¡Quién sabe si en cada uno de estos perros tan mimados hay una historia íntima!

Un perrito faldero suele ser una íntima alegría y un gran consuelo.

Yo he visto junto á esas jaulas, figuras femeninas, que los miraban con arrebatado afecto, mientras los chuchitos abrían sus bocas rosáceas y agitaban nerviosamente sus lenguas suaves, en demostración de entusiasmo.

Llegada la hora de cerrar el lugar de la exposición, es cosa de ver, aquel ejército de señoras de todas las edades y tipos, lanzarse á las jaulas y sacar de ellas á sus adorados cautivos. ¡Qué demostraciones de júbilo! ¡qué arrebatos de pasión! ¡qué de besos y lametones! Y les obsequian con



—Huyamos, que viene mi mujer.

—¿La tienes miedo?

—No, es que la pobre está enferma del corazón y como va con un amigo mío, no quiero que se sobrecoja al verme.

## PARADOJA



—¿Ven ustedes que tengo una boquita preciosa?  
Pues he llegado á convencerme de que no solamente se come con la boca.

tiernos bizcochitos, y los envuelven en bordadas mantas y los meten en muelles carruajes para que no se fatiguen.

Por eso, se ven por allí hombres fornidos de varonil continente, que al presenciar tales escenas, suspirando con energías de fuelle de fragua, exclaman, dirigiendo incandescentes miradas á las extremosas damas: «¡Quién fuera perro!»

Disiento en absoluto de la opinión de esos que así protestan.

La mayor parte de estas exaltaciones femenino-caninas, son obra del despecho. Cultívenlas y verán cómo no me equivoco.

En cuanto se les toca en el flaco, resultan hasta sufragistas dinamiteras.

Que les reconozcan su derecho y cambiarán de actitud. Pero no se lo reconocemos... y ¡qué han de hacer las pobrecitas! Emperrarse, naturalmente.

**Un pequeño reporter.**

**La ginecologa** Entre los estudiantes que asistimos hace algunos años á la clase de Obstetricia y Ginecología que el profesor A. explicaba en la Facultad de Madrid, había una jovencita diminuta y gentil, cuyo raro talento comprensivo nos tenía entusiasmados á catedrático y alumnos.

Era la niña una verdadera muñeca: sus ojos azules, su carita sonrosada, sus gestos apacibles y su peinado lleno de bucles y rizos, recordaban á los bebés de Skropp, el famoso constructor de juguetes. En cambio su inteligencia era completamente real, y si en lo físico creíamos habérmolas con una hermanita menor un poco atrevida, en lo moral respetábamos su afición al estudio y admirábamos los progresos que en él hacía.

No había conocido á sus padres. Un tío egoista y altanero la envió á Madrid para que se hiciera profesora en partos, y la pobre chica, sin más renta que setenta y cinco pesetas mensuales que su señor tío le enviaba, iba viviendo ó mal viviendo á cachetes con el vulgar cocido. Claro está que con tan ridícula pensión ni podía comprar todos los libros, trastos quirúrgicos y demás requisitos materiales que el perfecto estudio de aquella asignatura requiere.

Pero no se arredraba por ello nuestra linda condiscípula, ni estudiaba menos ni se quedaba atrás en las pruebas difíciles á que el profesor la sometía. Cuando tenía que exhibir unas pinzas, escarbaba en el fondo de los bolsillos con un aplomo admirable, y viendo á la postre que el cachivache no aparecía, exclamaba tranquilamente:

—No las tengo.



—A usted, le convendría un retirado como yo...

—Se equivoca usted coronel, á mi me hace falta uno que esté muy en activo.

Un discípulo correcto y generoso se las prestaba sin interés alguno, y Josefina salía del atranco. Volvía á necesitar un nuevo trasto: echábase á buscar en los bolsillos como si tuviese la seguridad de que en ellos había de estar, y al fin repetía como en el trance anterior:

—Pues no lo tengo.

Y cátense ustedes que otro estudiante brindábase el necesario chirimbolo.

Poco á poco fué Josefina formando una colección admirable de toda clase de instrumentos quirúrgicos y ocasión llegó en que los tuvo duplicados y aun triplicados; pero quizá arrastrada por la fuerza de la costumbre, continuó necesitando todo cada vez que salía á dar su lección:

—No lo tengo... No lo tengo...

Y su lindo rostro volvíase á la asamblea en espera del nuevo y desinteresado préstamo que nunca le faltaba.

Un día ocurriósele á Josefina hacer ciertos experimentos de carácter reservado, á fin de estudiar por medio de ellos el misterioso proceso de la fecundación. Y muy entusiasmada con su idea—cualquiera mujer se hubiera entusiasmado lo mismo,—dedicóse á estudiar toda clase de libros y á ponerse al corriente de las más modernas teorías sobre tan escabrosa materia. Mas ¡oh, dolor! también esta vez le faltaba á Josefina el instrumento principal, el germen, etc... Bueno, ya supondrán ustedes lo que quiero decir. Creo que los griegos le llaman Kobleón.

El profesor enteróse de los propósitos de su discípula, y una mañana, en plena clase, la invitó á que expusiese sus ideas

y explicase á su modo el supradicho misterioso proceso. Todo fué bien durante un rato; pero, de pronto, la elocuencia de Josefina se vino al suelo ante la carencia del... Kobleón.

—No lo tengo—exclamó en su tono de costumbre.

La asamblea permaneció silenciosa poco más de un minuto. La verdad que aquello

## MADRILEÑERIAS



La seña Natalia.—Míá la golfa de tu sobrina; ya tié quién la proteja.

El señor Augusto.—Déjela usted que como sea él de los que les gusta porfiar y quedar encima, pá qué qué más castigo!

era difícil de prestar, ó por lo menos peli-groso. Sin embargo, también esta vez quedó Josefina complacida. Un estudiante buen mozo, algo tímido, pero enamorado y extremadamente generoso, alzó su voz en medio del general silencio.

—Señorita... estoy á la disposición de usted.

Josefina ruborizóse un poco y sonrió aceptando el ofrecimiento, y no le llamó préstamo porque hay cosas que no pueden devolverse.

Unos meses después, y ya acabado el curso y la carrera, encontréme en la calle á Josefina y al estudiante de referencia co-

gidos del brazo, alegres y risueños. Una curva de origen presumible, empezaba á deformar el talle de mi condiscípula.

—Y aquellos estudios, ¿en qué quedaron?— pregunté saludándola.

—Los hace ahora mi marido. El amor me aconsejó que me limitara á servirle de campo experimental.

**José Moreira**



Ella.—¡Quieto Carlitos, como me vuelva á pellizcar le voy á levantar la mano.

El.—¡Tantas veces me la ha levantado usted doña Concha!...

Lea usted el martes  
EN EL LIBRO POPULAR

## El caballo blanco

Novela de

J. FRANCOS RODRIGUEZ

Biblioteca Regional de Madrid

## Concepción

Mi asombro no tuvo límite.

Anoche, cautivando la curiosidad de los numerosos forasteros que las fiestas sin fiestas de San Isidro, han traído á Madrid, la vi pasar por la Carrera de San Jerónimo. Iba muellemente reclinada en su *landó*; esbelta, pálida, con los negrísimos ojos cargados de luz y de misterios, atrayente y sensual como engendro diabólico de la carne y del deseo. Las grandes plumas blancas de su sombrero flameaban bajo la brusca caricia del viento; al resplandor nimbado de los focos eléctricos, su garganta y la curva ampulosa de sus hombros mal velados por una sutilísima gasa, tenían reflejos alabastrinos. Mis ojos, fatigados, de viejo mundano, no pudieron reconocerla...

—¿Quién es?— pregunté al amigo que me acompañaba.

—Concepción D.

—¡Concepción!... ¡Ah, sí!... ¿La que hace dos años llamaban *la Roja* los parroquianos asiduos del café Universal?

—Esa misma.

¡Nunca lo hubiera creído!...

A Concepción la conocimos todos atravesando una época de horrible miseria: siempre sola, vistiendo un traje encarnado y un sombrero sin otros adornos que una cinta negra y un broche de plata.

Ninguno de los que la saludábamos desde lejos, comprendía la pobreza de aquella muchacha; porque Concepción era bo-

## LOS ISIDROS



—Tráigame cerveza pa refrescar.

—¿Querrá usted una chica?

—Ná de menores. ¡La más grande que haiga, y que esté bien llenita!

nita: sus labios rojos tenían la risa desvergonzada del arroyo, su talle largo y lascivo llamaba al apetito.

—¿Es suyo el coche donde va?— preguntó á mi amigo.

—Sí.

—¿Y cómo ha podido prosperar tanto en tan poco tiempo?

—¡Oh, chico!—repuso—, ¿qué quieres? ¡La casualidad!...

Me refirió una historia originalísima que demuestra cómo es innegable que cada cual nace con su estrella y que todos tenemos lo que el vulgo llama buena ó mala sombra.

La Roja fué una noche al teatro Romea; ya era tarde; iba como siempre: con su sombrerito redondo, su cuello de pieles y su traje encarnado muy ceñido á su cuerpo ondulante. Sentada en un rincón, Concepción esperaba inútilmente una mirada de deseo... Cerca de ella estaban el viejo barón Al-

varo N. y varios amigos suyos que volvían de un banquete político donde el champagne y los buenos licores habían corrido abundantemente. A través de los vapores de una cena copiosa, todas las mujeres parecen bonitas. El barón Alvaro reparó en Concepción; vió sus ojos negros, ardientes y tristes, su boca impúdica, su talle ondulante, capaz de contorsiones supremas... N. miró á la joven de un modo expresivo; ella sonrió disimuladamente y momentos después ambos salieron á la calle.

—¿Dónde vive usted, hija mía?— preguntó el anciano.

—Muy cerca de aquí. Calle de San Bartolomé, número...

—Bien... vaya usted delante

La Roja caminaba recogiendo las fal-das, moviendo las opulentas caderas con

malsana intención. N., que había comido mucho, la seguía sofocado por una alarmante sensación de ahogo; algo extraño le oprimía la garganta y la nuca. Cuando llegó al cuarto de Concepción, el viejo aristócrata se abandonó sobre un sillón; bajo la blanquísima pechera de su camisa, sus pulmones jadeaban penosamente; tenía la frente, las mejillas y los ojos inyectados en sangre; acababa de subir ochenta y tantos escalones; ¡no podía más!...

Mientras la pecadora se contemplaba delante de un espejo, N. pudo apreciar la



—Sí, todo lo que tú quieras, pero baja las piernas porque á lo mejor puede pasar un aviador.

alegre pobreza de la habitación: el lecho cubierto por una sobrecama muy limpia, las sillas en su sitio, las botellas y los tarritos del tocador pulcramente ordenados. De pronto, el anciano se sintió mal y lanzó un suspiro ahogado. Concepción corrió á él.

—¿Qué tiene usted?— preguntó.

El enfermo la miró un instante, su mirada era turbia; luego entornó los párpados y echó la cabeza hacia atrás... muerto....

Fué aquello algo trágico; algo imprevisto con que la pobre no podía contar, como no puede contar con ello ninguna mujer que invita á un hombre con la galantería aquélla.

Ella corrió escaleras abajo, y ya en la calle, logró el sereno y un cochero la ayudasen á bajar á un señor que se había puesto enfermo.

## ADVERTENCIA INUTIL



*El marido.*—Se te han desabrochado los botones de la falda.

*Ella.*—No; si no me los he abrochado.

Al día siguiente los periódicos publicaron la noticia de que, momentos después de regresar á su domicilio y estando rodeado de su mujer y de sus hijos, el virtuoso barón N. había fallecido repentinamente de una congestión.

Únicamente los amigos que le vieron salir del teatro Romea, sabían la verdad.

—Por lo visto—decían—, esa Concepción es una mujer notable, una *deliciosa* terrible, entre cuyos brazos anida la muerte. ¿Qué deleites tan grandes guardará su cuerpo?...

Y la curiosidad, la implacable curiosidad que no conoce el miedo, fué arrastrando poco á poco hacia la calle de San Bartolomé á todos aquellos viejos libertinos, ávidos de sensaciones nuevas...

—Y la pobre *Roja*—concluyó diciendo mi amigo—, se puso en moda y fué rica...

¡Caso más raro!... La recordé como momentos antes la había visto: pálida, desmadejada, con los grandes ojos soñolien-

tos cargados de sombras y de luz, atrayente como el mismo deseo... Y acudí á mi memoria aquella vieja canción de *calé-concert*:

Voilà le plaisir, Messieurs,  
voilà le plaisir  
N'en mangez pas, Messieurs,  
ça fait mourir.

**Félix Recio.**

## LA PRIMAVERA



*La señora.*—¡Por Dios Bautista, ¿á qué viene esta falta de respeto?

*El criado.*—Perdone la señora que no me entregue en explicaciones.

Lea usted el martes

EL LIBRO POPULAR

LA COMUNION A LOS SIETE AÑOS



La señora.—¿Tan pequeños, y ya les hacen ustedes comulgar? ¡Pero si aún no tienen conocimiento!

El padre.—Precisamente por eso lo hacemos. No ve usted que si fuesen mayores no comulgarían ni con ruedas de molino.

(De La Campana de Gracia).

exhibirse descaradamente y en aquellas aventuras en las que haya que poner de manifiesto la más absoluta *sans façon!*

En la crónica escandalosa figura siempre Pérez en primer término: á él se le ven los palcos de las más *horizontales*, él no falta nunca á las cenas de última hora, donde corre el vino desbordadamente, y su nombre ha figurado más de una vez en el registro de las comisarías después de una bronca de palos y de bofetadas.

Todo esto lo sabemos nosotros, pero su mujercita estaba ignorante de ello y seguía queriéndole y respetándole con el mismo cariño y la misma humildad que el primer día de casados.

Pero tanto suena el río, que acaba por despertar á quien duerme á su orilla.

Y esto le ocurrió á Laura: llegó un momento en que lo supo todo, todo, con sus pelos y señales, con pruebas tan evidentes, que

no podían en su ánimo dispuesto al bien y al perdón, dejar el más ligero asomo de duda.

Y entonces operóse en ella una verdadera revolución nerviosa.

Pensó en la venganza. Y resuelta á todo,

**La venganza** A propósito de la venganza: son muchas las frases que quedaron consagradas por el uso.

Véase la clase:

La venganza es muy sabrosa... La venganza es el manjar de los dioses... etc., etc.

Todo esto debía saberlo de memoria la encantadora Laura, una mujer adornada de las más bellas cualidades, honrada, hacendosa, modesta y, como remate, verdaderamente bonita.

En total, resultaba el tipo completo con que sueña el hombre... para su uso particular y exclusivo.

¡Lástima que ese hombre, el hombre que había llegado á «usufructuarla» legítimamente, fuese un hombre tan falto de aprensión, tan ligero de cascos y tan poco guardador de los prestigios matrimoniales, como Pérez, el terrible Pérez, ese Pérez que ustedes conocen porque es el factor más importante y el más obligado en aquellos sitios donde hay que



El médico.—Es usted incorregible, señorita; la tengo dicho que no se urgue los ojos, y este dedo tiene señales de un urgamiento reciente.



Demetrio

EI.—Una mujer de su belleza y casada como usted con un hombre vulgar, le debían estar perdonadas todas las locuras ¡hasta la infidelidad!

Ella (conmovida).—¡Gracias Pepito gracias, me hace usted mucho favor!

sin pasar por su imaginación la idea de las recriminaciones, quiso poner en práctica la pena célebre del Tali6n: *ojo por ojo, diente por diente.*

¶

Se lanzó á la calle pensando en que no le faltaría quien la conquistase como á una de tantas, porque eso era precisamente lo que ella quería: caer de golpe y porrazo.

Visti6se con lo más llamativo de su guardarropa, estudi6 una sonrisa especial y comenz6 su aventura andando despacio, contoneándose mucho, mirando á cuantos la miraban y deteniéndose en los escaparates como si aguardase que cualquiera se acercara dispuesto á abordarla resueltamente. Y hubo uno, por fin, que cay6 en el lazo.

Aquel debía ser hombre listo; porque yo, que fui siguiéndoles también, á distancia, pude convencerme de lo que titubea-

ba y de lo que después la dijo. Tard6 en decidirse á hablarla; se le notaba la duda al propio tiempo que ella exageraba la manera de insinuarse.

El debía pensar:—Esta mujer no es de la cáscara amarga; no hay más que verla.

Y ella á su vez se decía:—Pero ¿será posible que no se me acerque? Yo no puedo hacer más de lo que hago, ni creo que hay mujer de esas que haga más. Por fin, llegaron á ponerse á tiro.

—Señorita...

—Soy señora, caballero.

Los dos se habían quedado indecisos; pero siguieron hablando: él con toda clase de miramientos; ella contrariada en todo.

—(¿Será posible que este hombre no crea que yo soy tan fácil como las demás?)

—(¿Estaré metiendo la pata por tratarse de una mujer honrada é inabordable?)

—Sea usted franco—decía ella,—usted ha debido tomarme por una de esas que salen á estas horas en busca de...

—¡Oh, por Dios! ¿Cómo ha podido usted creer eso?



Demetrio

Ella.—Francamente, de admitir como novio á un estudiante, quiero que esté á punto de terminar la carrera.

EI.—Tenga usted en cuenta, Rosita, que la mía es de las más largas.

Ella.—En ese caso...

—Es que de otra manera no se explica que usted se haya acercado.

—Sí, es cierto; pero de ningún modo he creído que usted pudiera ser una de tan-

## TOILETTES PARA EL PRÓXIMO VERANO



Modelo HOJA DE PARRA, el más elegante. Tiene la ventaja de que la hoja puede servir de abanico (cuando no haya nadie delante).

tas. Me precio de ser un hombre conocedor del bello sexo en todas sus manifestaciones y no puedo confundirla á usted tan fácilmente.

—Entonces, ¿qué opinión ha formado usted de mí?

—Que es usted una señora en toda la extensión de la palabra.

—¿De veras?

—Sí.

—Pues... ¡vaya usted enhoramala!

—Y lo dejó con un palmo de narices.

¡En seguida me hubiese ocurrido á mí eso!...

**Fernando Amado.**

Biblioteca Regional de Madrid

**¡Oh, Morfeo!** Amor es un geniecillo mal intencionado que gusta burlarse de sus sacerdotes jugándoles tretas horribles. Pocos hombres habrá que no hayan sido víctimas de alguna de ellas, que no hayan fracasado cobarde é indignamente en el instante en que era más precisa la valentía y aun el heroísmo, y si estos fracasos son sensibles en todos los casos, figúrense ustedes el dolor y la rabia que producirán cuando la plaza sitiada tiene la fama de inexpugnable y se consigue á fuerza de constancia verla flaquear próxima á la entrega.

En este caso triste se encuentra mi amigo Camilo Fortaleza, hombre indomable en materias de amor, según indica su apellido.

Un día, hace cosa de un mes, topóse en la calle de Alcalá, casi esquina á la del Marqués de Cubas, antes Turco, con una señora elegantísima, fluctuante entre los veintiocho y los treinta, y cuya belleza, fresca y lozana como la de las rosas cuando despliegan bajo el sol todos sus pétalos, producía verdaderos vahidos. Con decir á ustedes que el amigo Camilo, hombre afortunadísimo en la conquista de grandes bellezas, se quedó un momento sin vista, está dicho todo.

Apenas abrió nuevamente los ojos se puso en seguimiento de la dama, y eso que el continente de ésta era severísimo y la mirada austera de sus negras pupilas infundía respeto y aun temor... Pero ¡qué diablo! Las conquistas difíciles son las más apetitosas. Esto mismo pensaba Camilo mientras seguía á la dama.



—Me agrada verte tan cuidadosa de tu «toilette».

—¡Ay sí, hijito; yo el aseo ante todo!

—Lo mismo me pasa á mí; lo primero la limpieza.

Al cabo de diez minutos llegaron á una casa de lujoso aspecto, el perseguidor correctísimo y la perseguida grave como siempre, y como por el momento era ya bastante aquella persecución silenciosa, quedóse Camilo en el portal dispuesto á sobornar á la portera, según costumbre.

La señora doña Cándida H., era viuda de un banquero, con el cual se casó á los veinte años. El marido era mucho más vie-



—Chico, no lo puedo remediar; me gustan enormemente los hijos de todos mis amigos.

—¡Hombrel ¿Y por qué no te casas?

jo que ella, y á pesar de las solicitudes cariñosas de que su costilla le rodeara, falleció el hombre á los treinta meses de matrimonio. Puede que le matase el exceso de cariño; que en estos y otros casos semejantes, los excesos traen malas consecuencias.

Cándida era una mujer honradísima, y aunque los pretendientes cayeron sobre ella en apretada nube apenas se vistió de luto, contestando á unos y á otros con amable energía, juróse á sí propia seguir viuda hasta que de verdad le pidiese el corazón nuevos amores. Ni uno sólo tuvo la fortuna de poder concebir la más leve esperanza. Y no era esto lo malo, sino que á juzgar por la mirada que dirigió Cándida á su perseguidor cuando entraba en el portal, no parecía estar muy decidida á quebrantar su juramento.

Sin embargo, Camilo se prometió triunfar. Era cuestión de amor propio. Y lo

mismo que los buenos generales se crecen ante la resistencia del enemigo, así nuestro conquistador se creció ante la indiferencia de la viuda, y empezó á perseguirla sin descanso. Le ofrecía el agua bendita en las iglesias, le abría la portezuela del coche á la salida del teatro, le levantaba la cortina á la entrada, le enviaba todos los días un enorme ramo de flores sin importarle un comino que se los devolvieran

luego. Una vez que ella se escurrió y cayó á tierra en medio de la calle, acudió á levantarla y la condujo á una farmacia próxima; otra, se enredó á bastonazos con un chulo que se permitió echarle un piropro bastante crudo, y cuando creyó que era llegado el momento de parlamentar, la escribió una cartita que no decía más que esto:

«La amo á usted extraordinariamente y tengo la absoluta seguridad de que también usted me amaré. Es inquestionable. ¿Podré hablar con usted cinco minutos?»

La viuda se estremeció, adivinando en aquel hombre un conquistador irresistible, y le concedió la cita pedida.

La viudita le recibió con una ceremoniosa sonrisa que hubiera desconcertado á otro menos bravo, pero él entró en situación instantáneamente y contestó á la sonrisa en una reverencia de fatales resultados... De fatales resultados para Cándida. Empezaron á tomar café; la conversación iba animándose; la viudita hablaba de su inútil juventud, de su hermosura...

Bebieron vinos varios, Cándida se mareó deliciosamente, y ya empezaba á balbucear las primeras frases amorosas, cuando nuestro conquistador joh, vergüenza! cayó sobre la mesa dominado por un sueño invencible, y roncando para mayor indignidad.

Se despertó en su casa, en el preciso momento que su criada le presentaba una carta de la viuda...

«Caballero, mis habitaciones podrán ser algún día nido de amores, pero no pienso cederlas para dormir... la siesta.»

He aquí de qué manera tan humillante perdió una grande conquista mi amigo Camilo.

### Clemente de Castro.



El.—¿Lo ves tonta, cómo yo no hago nada más que pintar?

Ella.—Sí pero me han dicho que tan bien pinta usted, que á veces habla lo que pinta.

## SUCEDIDOS...

Un concejal muy sabiendo, al hacer declaraciones políticas (¡!), hablando en tono despectivo del importante diario francés *Paris-Midi*, uno de los que más se vocean y gozan de más justa popularidad en la urbe francesa, lo ha llamado «nuestra HOJA DE PARRA». En circulación allá se irán efectivamente; pero en lo demás, la comparación solo puede hacerla un señor, que no sabe francés... si es que sabe español.

☞ **Un harén alborotado** Eso de las mujeres sufragistas se va extendiendo como reguero de pólvora. Ya ha llegado en Siam, que está un poco más arriba de Chamartín de la Rosa, según se va á la derecha.

Y allí, según telegrafían á un diario nocturno están alborotadas las mujeres del harén del rey, que se llama nada menos que Mahá-Wagiravoud.

Este harén se forma de setecientos cuatro esposas legítimas del rey, pues en Siam, con arreglo á las leyes del país el monarca está obligado á casarse con toda joven que le sea ofrecida en matrimonio, y todas ellas, más las seiscientos cuatro que le dejó como herencia, su antecesor Chulagkon, andan revolucionadas en dos bandos: sufragistas y antisufragistas, que al decir del corresponsal se pasan el día arrancándose los moños con tan pintoresco motivo.

Yo creo que todo esto no pasa de ser Acciones reflejas del histerismo agudo que deben padecer las pobrecitas.

¡Porque hay que ver caballeros! Sete-

### ¡POBRES CHICAS!



El señorito.—¡Mira que si no, te despidol...

## EN EL JARDIN



Una.—¡Mira, mira hacia donde están Pepito y Maruchil! ¿Qué tiene cogido con la mano?  
La otra (mirando) No, pues un lirio no es.

cientas cuatro mujeres propias y seiscientas cuatro viudas, todas para un solo hombre, hacen un total de mil trescientas ocho y el bueno de Mahá, por mucho Wagiravoud que tenga, invertirá unos cuantos meses en dar la vuelta al harén y ¡naturalmente!, cuando les toque el turno de ser visitadas por Su Majestad, Mahá se las encontrará *Mahá-llando*.

Sobre todo, las viudas, que como es lógico, irán después de las esposas, deben de estar inconsolables. Una sola es capaz de sacar de sus casillas á un regimiento, ¡conque figúrense ustedes seiscientas cuatro, faltas de su Chulalongkon correspondiente!

Por supuesto, que todo eso le está muy bien empleado al amigo Mahá por ansioso. Siam no es potencia de primero, ni siquiera de tercer orden, y para tener un serrallo tan numeroso hace falta una gran potencia, y le va á costar muchas fatigas rendir á mil trescientas ocho mujeres enardecidas.

Yo creo que para solucionar el conflicto, debe de mandar á la prensa europea un anuncio que diga, sobre poco más ó menos

«Para contener á las setecientas cuatro esposas y seiscientas cuatro viudas en buen ver de Su Majestad Siamesa, hacen falta unos cuantos hombres de empuje, y que además sean prácticos en la lengua del país».

Y á los dos días de llegar, todas las mujeres del usufructo del monarca del Siam, si han calmado de su furor y aquello queda hecho una balsa de aceite.

Acepte mi consejo y no sea tonto.  
Porque por más esfuerzos que él haga,



El.—¿Ves como no cuesta tanto trabajo tener una cosa entre los labios?

Ella.—¡Conforme, pero hay que ver la diferencial!

y por mucho que se multiplique, no logrará dar gusto á las hembras de su harén.

Y él, en cambio, se quedará hecho un aren-que.

Y tendrá que acabar por decir:

—Hare-nque me las quiten de en medio!

**El Doctor Bombarda**

Imprenta particular de LA HOJA DE PARRA

## EL CONCURSO DE LAS PANTORRILLAS

Conforme habíamos anunciado sin detalles en números anteriores, vamos á celebrar un Concurso que será, seguramente, del agrado de nuestros lectores. Las bases á que habrá de someterse, serán las siguientes:

1.<sup>a</sup> En la próxima semana depositaremos en una Notaría de Madrid un sobre cerrado y lacrado, que contendrá cinco fotografías en que aparezcan otras tantas artistas españolas, suficientemente conocidas del público, enseñando las pantorrillas en forma perfecta y absolutamente moral.

2.<sup>a</sup> A continuación comenzaremos á publicar en LA HOJA DE PARRA la segunda mitad de las mencionadas fotografías, ó sea en la que aparezcan las pantorrillas.

3.<sup>a</sup> Con la última de las fotografías publicaremos un boletín para que con él, haciendo constar su nombre y domicilio, nos digan nuestros lectores á quiénes creen que corresponden las susodichas pantorrillas.

4.<sup>a</sup> Una vez vencido el plazo que indicaremos, las respuestas se catalogarán y en presencia del Notario que le tenga en depósito se abrirá el sobre y se verá quién ó quiénes han acertado.

5.<sup>a</sup> Después se publicarán completas y en un mismo número las cinco fotografías, y el lector que haya acertado á quiénes corresponden las diez picarescas pantorrillas,

tendrá derecho á un premio que indicaremos en el próximo número.

Y 6.<sup>a</sup> Como el premio habrá de darse de todos modos, si nadie acertase los cinco nombres de las artistas fotografiadas, se le adjudicará al que más se aproxime. Si, por el contrario, los opinantes que acertasen fuesen varios, el premio se sorteará entre ellos en presencia del Notario, que levantará acta.

## EL CONCURSO DE SAN ISIDRO

Nuestro corresponsal en León, D. Florentino Sánchez, nos telegrafía, al entrar en máquina este número, anunciándonos que el número 8.015, agraciado en el sorteo de nuestro Concurso de San Isidro, lo posee un lector de aquella ciudad.

Nos hemos apresurado á contestar, también por telégrafo, al señor Sánchez, ordenándole que le facilite el billete del ferrocarril correspondiente para que pueda venir á pasar en Madrid los días de las fiestas de San Isidro, conforme á nuestro ofrecimiento,

# CRONICA DEL CRIMEN

El éxito logrado por nuestra nueva publicación *Crónica del Crimen*, ha superado en tanto á lo que podía esperar nuestro optimismo, con ser mucho, que nos ha sorprendido, llevando algún trastorno á nuestros talleres, modestos hasta ahora.

Y como no queremos alterar la salida de LA HOJA DE PARRA y *El Libro Popular*, cuya tirada aumenta también de día en día, afortunadamente, hemos decidido suspender la publicación de *Crónica del Crimen* hasta tanto que la casa alemana Koenig & Bauer, nos remita una máquina que la tenemos pedida, y con la cual podremos perfectamente hacer frente, con rigurosa puntualidad, á la afortunada tirada de nuestra nueva publicación, tan cariñosamente acogida.

---

Al reaparecer en Madrid el gran torero, aparecerá

## **Belmonte, el misterioso**

EL TORERO DEL DIA

(SU VIDA Y SU ARTE)

por GOMEZ-HIDALGO

Prólogo de DON MODESTO

Con ilustraciones y portada á tres tintas de RICARDO MARIN

50 CÉNTIMOS